

V

**Comparación entre el escepticismo
oriental y el occidental**

Los pensamientos desencadenados por Job no se calman ya. Cada sociedad, de edad en edad, añade un acto á esta tragedia que el espíritu representa consigo mismo. El abismo, apenas cerrado, vuelve á abrirse y la discusión torna á comenzar; no pudiéndola agotar los interlocutores, los dioses mismos se suceden. Como falsos amigos, los siglos no cesan de despertar la inteligencia humana bajo su capa de ceniza. El Oriente remite el enigma al Occidente, Job á Prometeo, Prometeo á Hamlet, Hamlet á Fausto. El desenlace se aleja cuando se cree tenerlo entre las manos y se aplaza hasta la eternidad.

Fué el genio griego el primero que volvió á tropezar con la misma cuestión que había debatido el genio hebraico. ¿Cómo la ha tratado? Por el *Prometeo* de Esquilo, que en los coros de sus dramas es completamente oriental y llega á veces hasta á recordar á Isaías. Prometeo, como el Titán hebreo, ha hecho el bien; ha dado á los hombres la palabra,

la justicia, las artes celestes; por esto es castigado por Júpiter, como Job por Jehová. He aquí el fondo de semejanza entre los dos poemas; sólo que el genio griego conserva hasta en la forma de la tortura el culto de la belleza visible, de que apenas se cuida la desesperación oriental. Prometeo no está cubierto de plagas; está artísticamente encadenado por el dios del fuego en la cima de un monte sagrado, desde donde es ofrecido en espectáculo á toda la tierra. Amigos van á visitarle en su suplicio: el viejo Océano, las hijas del mar, de húmedas alas. Muéstranse conmovidos de piedad más sincera, más humana que la de los tristes amigos del Prometeo de la tierra de Ur, pero sus consejos son casi los mismos. ¿Qué es el Titán para luchar en inteligencia, en sabiduría, con los dioses olímpicos? ¿Qué esperar de esa rebelión interior contra el señor de los cielos? Es preciso someter el espíritu; sólo con esta condición cesará el tormento. Hasta este instante la marcha de los dramas es casi idéntica. Veamos ahora en qué se separan. Job y Prometeo tienen ambos el sentimiento de su integridad desconocida, pero el uno se detiene en la duda, el otro va hasta la imprecación, lleva en sí el espíritu del Occidente, desafía, amenaza, injuria, provoca á los cielos. En el vértigo del dolor Job es todavía subyugado por el recuerdo de Jehová, y aunque su inteligencia no queda satisfecha, no deja de humillarse ante la majestad suprema. En Grecia el orgullo humano da un paso más. ¿Qué

se le pide á Prometeo para quedar desencadenado de la roca? Un acto de fe hacia las divinidades olímpicas; menos aún: una palabra de elogio, una señal de arrepentimiento. Hermes en persona, el mensajero, va á pedirle que deponga su resistencia. Pero nada, los omnipotentes no obtendrán una palabra de Prometeo. No sólo los desafía bajo las garras del buitre, sino que profetiza su caída, los insulta, siendo en vano que los dioses mismos se aparezcan en medio de relámpagos, como el Eterno en la última escena de Job. Los estallidos del rayo lanzados contra el pecho del Titán no pueden someterle á la resignación; las tempestades, los aquilones infernales, consternando la faz de la tierra, no logran abatir aquella inteligencia rebelde, que en medio de su ruina persigue aún con sus execraciones á los cielos, que envían la iniquidad sobre la tierra. La blasfemia de la poesía hebraica es un acto de fe en comparación de esta rebelión implacable de la poesía ateniense: ¡ved qué camino ha recorrido el hombre en la revolución religiosa! La duda, en vez de vacilar sobre movible arena, tiene de hoy más la firmeza de una resolución irrevocable: el genio griego ha llevado hasta su escepticismo la precisión de sus formas. Ni ¿qué es, en realidad, esta figura de Prometeo sino la imagen del espíritu helénico rechazando definitivamente las dinastías de los dioses orientales? ¡No más sacerdocio! ¡no más castas! ¡no más símbolos con cabezas de serpientes y de ibis! Las religiones

de la Naturaleza van á caer ante la blasfemia de filosofía; nada subyugará al genio griego, verdadero Titán que sólo á sí mismo se somete, y contra el cual no hay buitre posible que le impida exhalar al mundo su alma airada. Cuando Esquilo escribió su poema, no tendría seguramente conciencia exacta de estas ideas, pero ellas se agitaban confusamente en el fondo de su inteligencia, y de esta semiobscuridad pudo salir aquel coloso de poesía que, en el umbral de los dos mundos, figura la primera rebelión del espíritu de Europa contra el espíritu de Oriente. Por primera vez el hombre rechaza el yugo de la Naturaleza, vasto ídolo que, con los caracteres del Asia, se muestra más allá del Cáucaso.

Prosigamos. La historia de la duda religiosa no ha hecho más que comenzar. Los siglos pasan, el cristianismo nace, la sociedad cambia y la cuestión subsiste. Al acabar la Edad Media, se encuentra entre las ruinas góticas un personaje de la familia del Prometeo de Esquilo: el Hamlet de Shakespeare. Sólo el enigma es el mismo: todo lo demás difiere. No hay Cáucaso, ni Titán, ni cadenas forjadas por los dioses, sino castillos feudales, una cimitarra católica y el cielo del Norte. Otra vez, por un lado, una religión poderosa; por otro, un hombre que duda, niega y sufre, y de nuevo la maldad triunfante, la iniquidad coronada sobre el trono de Dinamarca, y el abismo que vuelve á abrirse para lanzar la antigua cuestión: ¿por qué,

pues, viven los impíos? *¿Quare ergo impii vivunt?* ¿Cuál será ahora la respuesta? Un frío sarcasmo, peor cien veces que las imprecaciones de Job y de Prometeo. Ciertamente que el drama ha cambiado mucho, extendiéndose por todo el horizonte de las cosas invisibles, desarrollándose, no sólo entre inteligencias de la misma naturaleza, sino entre los vivos y los muertos. La conversación pasa entre Hamlet y el espíritu de su padre. Aquí el escepticismo del corazón provoca el escepticismo del espíritu; esto es también lo que lo hace irremediable, y no he visto nada más profundo que haber hecho depender la duda absoluta de la necesidad de dudar de su madre. Desde el secreto revelado en el cementerio del castillo, todas las creencias han perecido en el alma del joven príncipe. Si su madre no es más que una envenenadora, ¿en qué hombre, en qué mujer, en qué sentimiento fiar? ¿En el amor? Pudiera probarlo, pero sería preciso creer en él. ¿No es él quien pregunta á su prometida: «¿Sois bella, Orfila?» ¿por qué no se fía ya del testimonio de sus ojos? Un fantasma errante sobre los escombros de la inteligencia humana: tal es Hamlet. Ha sufrido los mismos tormentos que Job y Prometeo, pero no se ocupa como ellos en su dolor; nada tiene de la violencia antigua; al contrario, siente en su corazón la serpiente, tiene frío. No oculta su desesperación con los símbolos suntuosos del Oriente ni con las imágenes correctas de la Grecia: su mal es muy profundo; se ríe. Frío

como el mundo moderno, ¿á qué discutir si ya ha traspasado hasta la esperanza? La punzante ironía habita en su alma. En vez de luchar contra la injusticia soberana, se entrega á la locura, que imita perfectamente, porque su razón se halla, en efecto, medio trastornada. Profeta de la impiedad en el seno de la Edad Media, vislumbra ya todo el escepticismo del porvenir. Reune á Dante y á Voltaire, y para colmo de contradicción, está su madre que desempeña el antiguo papel de Satanás. Estos contrastes son muy violentos para su inteligencia, pues hay partes en su espíritu completamente sanas, y otras que comienzan á alterarse. Su razón se divide, se pierde, se busca, se encuentra y vuelve á perderse, viéndose un alma grande dividida entre la razón y la locura naciente, sin saber cuál al fin prevalecerá. ¡Terrible tragedia de que todo hombre puede llegar á ser el héroe! Hamlet se inclina hacia los abismos que habían quedado desconocidos á la antigüedad profana y sagrada; vislumbra más allá de la vida actual el reino de los muertos. Su razón vacila sobre los bordes; luego el vértigo lo arrastra riéndose, y si su vida no hubiese acabado casualmente en aquel terrible juego, no se le veía otra salida que la caída irreparable, esto es, la muerte de la inteligencia, en lo cual este drama es de un efecto mucho más desesperante que los de Job y Prometeo, pues que en éstos al menos el espíritu del hombre subsiste y sobrevive á todas las ruinas. La Naturaleza, tan viva aún

para Job, está muerta para Hamlet; el firmamento, la tienda azulada de Jehová, no es más que un conjunto de vapores pestilenciales; el género humano no es ya para el Prometeo de la Edad Media más que la esencia del polvo. *El hombre no me agrada—dice—, y la mujer tampoco.* Lo que más aterradora hace su caída es que su punto de partida está en las creencias más populares de la sociedad cristiana. Todavía cree en las apariciones; y no cree en la inmortalidad. De la cima de las creencias católicas, como desde lo alto de una torre, se ha arrojado de cabeza en el abismo. Por todos estos rasgos representa, al principio del mundo moderno, la sociedad de la Edad Media, todavía joven en apariencia, aunque ya vieja en el corazón, pues si vive aún en la fe de sus mayores, ya no abraza más que un fantasma del pasado. El ideal de la Edad Media se rompe con un sarcasmo que repiten todos los pueblos á su manera, por boca de Rabelais, de Ariosto, de Miguel de Cervantes. Pero en Hamlet este sarcasmo es frío como la cargada de un espectro en una tumba.

¿Hay todavía un paso más que dar en la poesía escéptica? Indudablemente: el preámbulo de Job es también el prólogo de Fausto. Satanás en medio de los cielos católicos va á proponer á Dios probar al hombre, que por su inteligencia es el ser que más se aproxima á la verdad suprema. El asunto es también casi el mismo, y véase como después de cuatro mil años, cuando todo había cambiado,

religión, leyes, costumbres, clima, el mismo enigma ha sido tratado por la poesía. Fausto no es un patriarca que, como el de la tierra de Ur, toma en la virtud su fuerza; es grande, pero no por la virtud, sino por la inteligencia; no por el corazón, sino por la cabeza; es un doctor, un sabio, como la sociedad moderna. No vive bajo la tienda del idumeo, sino en un laboratorio. Medicina, filosofía, jurisprudencia, teología, todo lo ha abrazado, y sin embargo, encuentra la fatal cuestión que Job había encontrado en el desierto, á la claridad de las estrellas del Asia. Por otra parte, no es solamente la sed de saber lo que le devora; junta á la antigua curiosidad de Adán el orgullo del hombre fundado en una ciencia acumulada por cuatro mil años, y quiere poseer el secreto de las cosas para convertirse en Dios. ¿Qué hará este Job del Occidente? Sus libros están mudos; en su crisol sólo queda un poco de ceniza, en vez de la verdad que esperaba. ¿La ciencia le ha engañado? pues rechazará la ciencia; se confiará á los medios desaprobados por la razón, á las imaginaciones febriles; se entregará á la magia. En una noche solitaria, á la luz de su lámpara que se extingue, evoca al espíritu de los mundos, y el espíritu aparece revestido de una luz soberana. Pero ¡oh miseria y humillación de la inteligencia humana! Fausto, el doctor sabio por excelencia, el príncipe de las inteligencias, se ve obligado á bajar la cabeza ante un rayo de aquella verdad que él mismo había evocado, y

si sus sentidos mortales no pueden soportar aquel esplendor, ni sus oídos percibirlo, ni su corazón contenerlo, ¿qué hacer sino librarse de aquellos órganos tan imperfectos? Puesto que siente en sí al Dios encadenado y aprisionado en un vaso demasiado estrecho, es necesario libertar á la divinidad interior, esto es, es necesario morir. Llegado á esta conclusión, Fausto, consecuente consigo mismo, toma en sus manos un frasco de veneno formado con los jugos más poderosos de la Naturaleza, y saludando á aquel celestial brebaje, que como una magia superior debe revelar á su inteligencia el secreto que persigue, aproxima el libertador veneno á sus labios, y en su transporte va á apurarlo de una sola vez. Pero ¿por qué se detiene? Acaba de oír en la vecina iglesia el sonido de las castañuelas de Pascuas; el coro de ángeles que celebra á Cristo resucitado estremece los aires, y estos cantos descienden como rocío en aquella alma sepulcral y la rejuvenecen. Fausto renuncia al veneno; pero esta santa impresión no puede ser duradera, porque él no es ya cristiano. Los lazos que ataban á Hamlet á la religión de sus padres, no existen ya para Fausto, sólo ligado al cristianismo por el lazo del infierno; no cree ya en Cristo, sólo cree en el demonio. ¿Qué son todas las blasfemias del pasado comparadas con este grito postrero: ¡Malditas sean las creencias! ¡maldita la esperanza! ¡maldita sobre todo la paciencia! Ciencia, naturaleza, religión, hasta el gusto de la muerte, todo lo

ha probado. ¿Qué resta, pues? Atravesar las regiones de la muerte por el suicidio del alma y de la conciencia mediante un pacto de ultratumba hecho con el rey del mal, con Satanás mismo. Queda enajenar su razón y su voluntad; los espíritus infernales celebran este último acto de la tragedia. En medio de la ronda de brujos, Fausto bebe hasta la última gota el brebaje del infierno. La verdad es que no hay en todo esto otra magia que la de los huracanes que la inteligencia del hombre puede desencadenar por su voluntad; el hechizamiento de la humanidad actual, que infatuada por su ciencia, se ha hecho fatalista, y en medio de los tormentos de tantas cuestiones no resueltas, hace de sus lágrimas su apoteosis. El género humano es hoy un gran doctor, que se admira en sus libros, se adora en sus obras y sólo de sí mismo se fia; sin embargo, alguna que otra vez esta pretendida divinidad se turba; descubre vacíos que no puede llenar, y se desconcierta. Llena de una vida febril, aproxima á sus labios, en vez de pomo venenoso, el escepticismo que no puede rechazar ni aceptar, y muy frecuentemente se escapan del corazón del nuevo dios gritos de dolor desordenado en el instante mismo de coronarse por sus manos.

Así, la vida del género humano en sus momentos de prueba puede resumirse en estas figuras principales: Job, Prometeo, Hamlet, Fausto, emblemas de toda la historia del corazón del hombre en sus luchas con la religión. Fácil es notar que

desde el primero hasta el último de estos libros no ha cesado de endurecerse más y más el escepticismo. Job pone la cuestión, mas luego se arrepiente de su duda; Prometeo se rebela, sin que la eternidad entera pueda someterle; Hamlet ya no discute, ni siquiera cree que hay allí cuestión, tan lejos está de esperar la respuesta; Fausto, para cortar el problema, se diviniza: tales son hasta aquí las varias alternativas de la lucha entre la sabiduría del hombre y la sabiduría de Dios. Mas ¿por qué, cualesquiera que sean el dolor y el desorden que esos poemas respiran, les prestamos tan ávida atención? Es que gustamos de seguir en el abismo las inteligencias orgullosas que en él se precipitan. Ojalá pudiéramos llamarlas y preguntarles: «¿Qué encontráis, qué oís, qué percibís en esas regiones insondables?» Pero estas voces del infierno repiten nuestras cuestiones en un eco eterno, y el eco de estas grandes inteligencias de los profetas, de Esquilo, de Shakespeare, que caen unas sobre otras, sólo sirve para hacernos medir la profundidad de los problemas que las han hundido.

No es cierto, por otra parte, que todo escepticismo sea estéril; hay una duda fecunda, como hay un dolor fecundo. El Antiguo Testamento, en sus cantos de desesperación, contenía el Nuevo, y el libro de Job ha tenido por respuesta el Evangelio. El poema de Prometeo encerraba implícitamente el platonismo de los padres griegos, y ha encontrado su solución en el mundo moderno. ¿Quién sabe

qué respuesta reserva el porvenir á los enigmas en nuestros días propuestos? No nos asustemos de estos abismos que de repente se abren bajo nuestros pasos; á veces salen de ellos resplandores extraños, que no son los del infierno. Ni la creencia ni el escepticismo se hallan agotados; la una y el otro han de engendrar todavía nuevas alegrías y dolores nuevos. Otros Job, otros Prometeo, otros Fausto vendrán, que no cesarán de buscar otros cielos penetrando más y más en las regiones desoladas, porque la duda es también instrumento de la verdad, y por esto es indestructible como ella.

La esclavitud en sus relaciones con las religiones orientales

Antes de dejar Oriente, y para recoger la última consecuencia de sus dogmas, llegamos por fin, de grado en grado, á encontrar, lejos aún del día que luce igual para todos, por debajo de la casta más ínfima que conserva al menos una sombra de asociación, y más allá de los últimos confines del mundo civil, un hombre sin nombre, sin padres, sin hijos, sin familia, que eternamente solitario en medio de las multitudes, soporta de rodillas todo el fardo social, como los colosos de piedra que sostienen el friso de los templos. Mudo, no posee ni arte, ni poesía, ni ley, ni derecho, y ni es un hombre ni una cosa, por más que, si desapareciera, ni un sólo día podría subsistir el mundo antiguo, porque después de todo, es una nada necesaria, de donde todo parte y adonde todo va á parar en la sociedad pagana. Á ninguna ciudad pertenece especialmente, sino que vive en todas las ciudades, y es lazo común entre el Oriente y el Occidente, hasta el punto de que Persépolis, Atenas y Heliópolis, difi-

riendo en todo, sólo tienen idéntico este elemento: el esclavo. Los imperios y las instituciones cambian, y sólo él permanece inalterable, pasando el tiempo, sin tocarlo, sobre su encorvada cabeza, excluido de los principales ritos de la religión, relegado á la vez lejos de Dios y de la humanidad y no siéndole posible ni vivir ni morir.

Pero ¿quién le ha formado este destino? Al asignar Montesquieu, como causa primitiva de la esclavitud, la tiranía y el clima enervante del Oriente, es fácil replicarle que la libertad de los Estados griegos estaba fundada sobre la esclavitud de la misma manera que el despotismo del Asia, y que además el esclavo se encuentra lo mismo en el Norte que en el Mediodía, habiendo existido dondequiera que existieron hombres. Cuando después de Hobbes, Rousseau busca este origen en la guerra, de acuerdo con los jurisconsultos de la antigüedad y apoyándose como ellos en una falsa etimología, aun cuando contentándose con el hecho, sin remontarse al principio, se le podría siempre preguntar por la sanción de aquella desigualdad y cómo la sociedad humana pudo durante miles de años aceptarla, sin que ninguna objeción eficaz se elevase ni aun siquiera en teoría contra ella, ya por parte del vencedor, ya por parte del vencido. El filósofo tenía sobre este punto idéntica opinión que el pueblo, y hasta el sofisma, que todo lo atacaba, respetaba únicamente la esclavitud, lo que indica evidentemente que un tan universal asentimiento no

podía tan sólo ser efecto de un acto de violencia, sino la consagración indudablemente de un principio, y este principio es el que nosotros queremos descubrir.

Politeísmo sin esclavitud no existe, y este hecho universal indica, sin duda, que entre uno y otro debe de haber alguna relación. Si de esta primera idea pasamos á un examen más atento del paganism, bien pronto nos convenceremos de que en él la servidumbre original se halla con caracteres indelebles escrita. Los pueblos, en efecto, orientales y griegos admitían entre los hombres desigualdades tan nativas y radicales, que si unos eran servidores de otros, se fundaba esto en el mismo derecho divino, lo cual no nos maravillará sabiendo que, como fundamento de esta opinión, admitían dioses esclavos. ¿Cómo, pues, librarse de la servidumbre si la habían consagrado hasta en el dogma? Levantemos los ojos al cielo del politeísmo y veremos allí, de esfera en esfera, una jerarquía de divinidades de diversas razas y aun colores, dependientes unas de otras por un eterno vasallaje. Á la cabeza de esta organización un Osiris ó un Júpiter Tirano, semejante á un Faraón ó á un Agamenón terrestre; por debajo de este señor una oligarquía de grandes dioses felices, sátrapas, patricios inmortales que cumplen su misión respirando el incienso y vaciando su copa de ambrosía; por último, á sus pies un pueblo de demonios inferiores, verdaderos proletarios que se consumen en estériles

trabajos lejos de los resplandores del día. ¿No son, por ventura, esclavos diligentes aquellos Titanes que con las esposas en los pies y en las manos viven tristemente encerrados en las tinieblas, como en una ergástula del Tártaro; aquellos remeros celestes que remolcan los planetas en sus barquillas de oro; aquellos Ciclopes que en su taller de gigantes forjan noche y día las ardientes flechas del Sol ó el tridente de Neptuno; aquella turba, en fin, de Telchines y Cabires fenicios que pulen perpetuamente los metales y reparan los deterioros del universo? ¿Acaso todos aquellos obreros infatigables, ocultos en el interior de la tierra, en los pliegues de las nubes, en las grutas de los mares, entre los pies del macho cabrío, tras el ojo de las llamas, eternamente inclinados sobre su tarea, sin contento, sin dicha y sin reposo; aquellos genios egipcios con cabezas de aves de rapiña, sosteniendo con sus espaldas la bóveda de los cielos; aquel Prometeo, atado más estrechamente á la roca que el siervo á la gleba, no constituyen una plebe divina, sin más derechos que el dolor sin remedio y el trabajo sin peculio y sin emancipación?

Juzgad, pues, por la celeste, la ciudad terrestre. Y es lo peor que el sentimiento de la injusticia y de la queja ni aun podía nacer en el corazón del hombre esclavizado. Ni ¿cómo había él de encontrar inicuo su destino? Acaso no sabía que sus dioses vivían como él agobiados en un trabajo sin

salario? ¿Por ventura el viejo Saturno, también encadenado, podía gozar ni siquiera un día de libertad? ¿Cómo esperar, pues, una emancipación negada á los inmortales? El obrero, en efecto, no podía ser menos resignado que el Ciclope, ni el remero del Nilo que el piloto de la nave de Osiris, ni el pastor que el Fauno errante sin abrigo en las selvas. La filosofía misma nada tenía que corregir en una institución que no podía desaparecer ni modificarse sin que toda la sociedad se arruinase con ella; porque estos dos sistemas, politeísmo y esclavitud, se correspondían y engendraban tan mutuamente, que la antigüedad, al aceptar el primero, se condenaba de hecho y fatalmente á mantener el segundo.

Para remediar, pues, aquel mal era menester no reformar la sociedad antigua, sino destruirla y comenzar por borrar la servidumbre en el cielo para borrarla también en la tierra, volviendo á Dios su plena independencia y libertad, ó lo que es más aún, su unidad. No bien hayáis emancipado al Eterno, veréis al punto realizarse como necesaria consecuencia la emancipación y la unidad del género humano, porque si Dios se manifiesta dondequiera igual á sí mismo, el hombre, hecho á su imagen y semejanza, será dondequiera también igual al hombre, y no sólo desaparecerá el principio de las castas, sino que la servidumbre misma perderá su sanción. Podrá quizás continuar algún tiempo disfrazada con otros nombres, pero

su base está arruinada, y si existe en el cielo una familia santa, no dejará de formarse en la tierra una familia de pueblos.

Según este principio, comienza ya en Oriente una emancipación progresiva á medida que se va alejando del politeísmo, y por eso el pueblo que representaba en la antigüedad la doctrina de la unidad de Dios, tenía abolida en teoría la esclavitud, por lo menos para los de su raza. Según la ley de Moisés, en efecto, no era lícito privar de la libertad á un hebreo por más tiempo de seis años, lo que equivalía á una verdadera emancipación, y si este precepto, repetidamente consignado en el *Exodo*, en el *Deuteronomio* y en los *Profetas*, no fué siempre fielmente cumplido, constituía al menos un ideal que dominaba toda la legislación, arraigando el espíritu de igualdad en la ley á despecho del ejemplo que el resto del Oriente ofrecía oponiéndose á que fuese escrupulosamente practicado: Ni ¿dónde hallar una contradicción tan terminante y admirable con el genio de toda la antigüedad, como la que ofrece el legislador que dice á su pueblo: «Recuerda que has sido esclavo en el país de Egipto, y que el Eterno, tu Dios, te ha libertado»? Desde este instante el pueblo hebreo se considera como la propiedad de Jehová, y ya no puede ser enajenado á ningún otro poseedor.

Si comparamos ahora un momento el Oriente moderno con el Oriente antiguo, notaremos desde luego que el Dios que era exclusivamente hebreo

en el mosaísmo, se convierte en el mahometismo en un Dios abstracto, sin pueblo elegido, sin predilección particular por ninguna raza, y que rompe como un resto de idolatría el espíritu nacional donde vivía cautivo en Judea. Á la comunidad de origen sustituye la comunidad de la creencia, y después de haber amasado lentamente su cólera, la derrama sobre toda la faz del Asia, extendiendo su interdicto, no ya sólo sobre el país de Canaán, sino sobre todo el Oriente profano. Tan impaciente como se mostraba por comunicarse á todos los pueblos antes de encerrarse en el tabernáculo de Judá, muéstrase ahora también por recabar la soberanía de la tierra que le ha sido arrancada por el paganismo, y ya que no posee el Verbo para convertir á los gentiles, convierte la espada en su mediador. La guerra es su apostolado; su ley se revela en el esplendor de las batallas; los movimientos de los contrapuestos ejércitos le sirven de figuras y parábolas; sus ceremonias favoritas son los ritos de los combates. ¿Quién no pensaría que de esta necesidad de la guerra sagrada había de derivarse una monstruosa desigualdad, ó todo un sistema de castas al menos, peor que el de la antigüedad? Y sin embargo, la guerra, que se dice ser el principio de la esclavitud, no hace aquí sino abolirla, siendo esto hasta tal punto verdad, que la rapidez de la conquista sólo se explica por la igualdad civil prometida á todos los convertidos. No existen para el Dios de los ejércitos jerarquías

tan poderosamente arraigadas, que Él no derribe ante el sacerdocio de la espada. La vieja Asia queda bajo la cimitarra nivelada, y así como nunca se vió unidad religiosa tan absoluta, jamás tampoco hubo en el orden civil menos privilegios de raza ó nacimiento, llegando á desaparecer bajo el nivel de Mahoma hasta aquel residuo de casta que Moisés había mantenido en la tribu de Leví. Y no es esto todo, sino que el islamismo acaba por conducir á una sociedad afecta á los esclavos, que no contenta con ser regenerada por ellos, llega hasta á resignar entre sus manos la autoridad y el gobierno: ¡extraña aristocracia, que por temor de degradarse, lleva constantemente á sus hijos á las regiones de Circasia! Por espacio de quinientos años se ve de este modo, como un reto lanzado al antiguo mundo en la tierra más acostumbrada á las castas, reinar por derecho divino la dinastía de los esclavos. Alá venga á Jehová, y el Oriente moderno exclama por boca de un creyente: «¡Mi lanza es mi nobleza!»